AÑO VII.
N.o 287

EL DIA

Montevideo,
Julio 10 - 1938



SOBRE EL ARROYO YERBALITO (DTO. TREINTA Y TRES)

R. y J. CARUSO
FOTOS

EL EMBARQUE DE SANTOS PARA EUROPA

30 DE NOVIEMBRE DE 1886



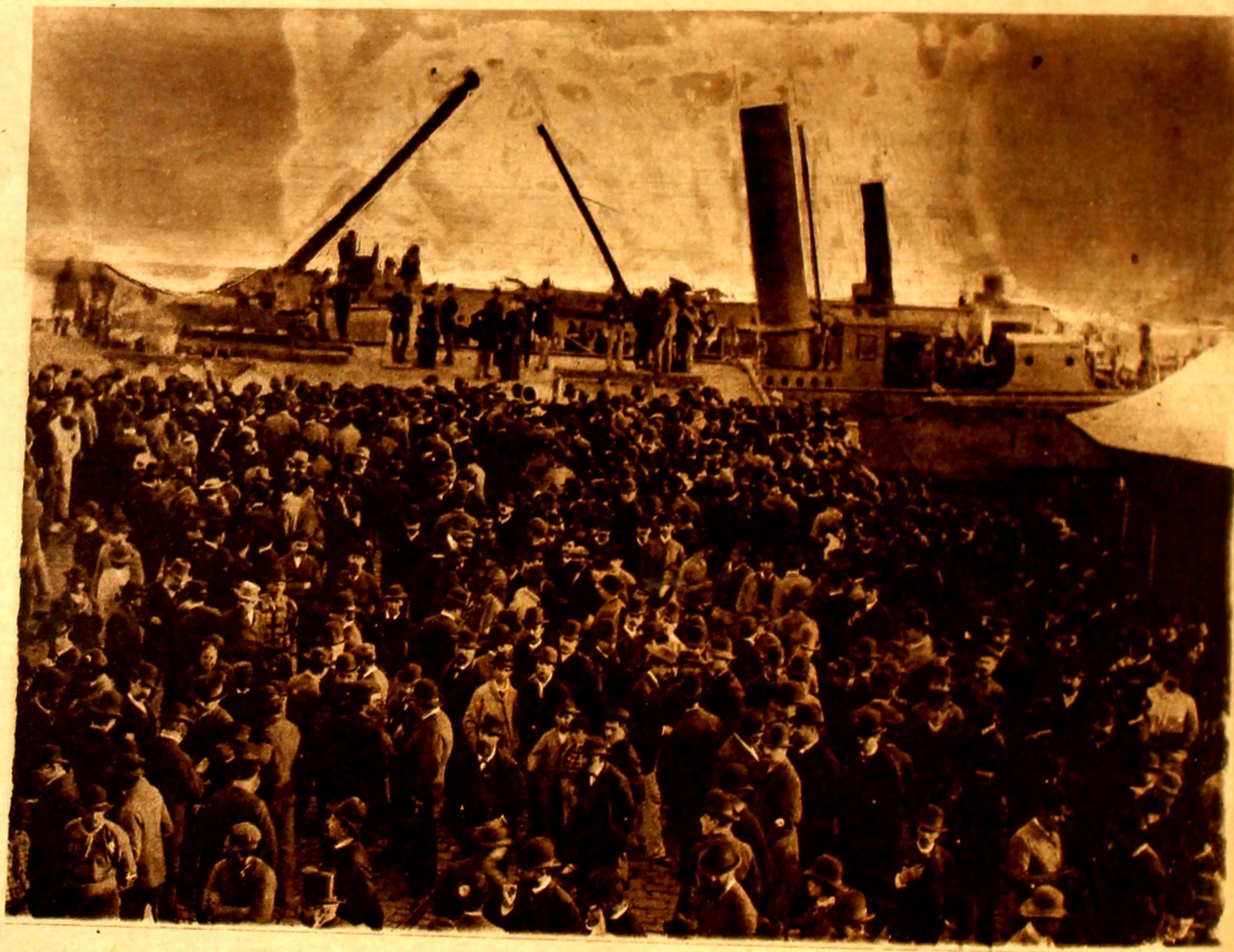
El Capitán General Máxito Santos en traje civil según retrato hecho en noviembre de 1886, el mismo mes de su partida.

DESPUES de renunciar el general Máximo Santos el mando superior del país haciendo declinación de la Presidencia del Senado, el 18 de noviembre de 1886, se propaló inmediatamente la noticia de que el Capitán General se marchaba a Europa.

Muchos dudaron de la veracidad de la nueva. Otros la oyeron poseídos del consiguiente pánico: Santos no se podía ir dejando sin amparo a sus amigos...

Pero la versión era bien fundada, los afanosos aprontes del viaje notados en el palacio de 18 de Julio y Cuareim, hubiesen bastado, nada más, para confirmarla.

Marchaban el Capitán General, sus dos hijos mayores — niños todavía — el secretario particular Teniente Coronel Antonio Corralón de Larrúa, su médico, y varios adjuntos militares y criados.



Fotografía tomada en el puerto pocos momentos antes de embarcarse para Italia el ex presidente Santos. La cañonera Artigas anclada en el extremo del muelle.

El viaje planteó, de entrada, una serie de cuestiones políticas, no siendo de menor cuantía las que surgieron a título aparentemente protocolario, entre el mismo presidente Tajes, estrenado recién en el mando y los ministros constitucionalistas del gabinete llamado de la Conciliación, doctores José Pedro Ramírez, Aureliano Rodríguez Larreta y Juan Carlos Blanco

Oponían todos los secretarios al presidente de la República altas consideraciones de orden legal y graves motivos de momento al propósito abrigado por aquel de rendirle a Santos honores excepcionales en oportunidad de su partida.

Ciertamente era Santos el primero en hacer cuestión de los honores: ni que pareciese que iba fugado, ni largarse así no más "como un pobre diablo"...

Tajes más deseoso que nadie de verse lejos del terrible protector que le había dejado la presidencia con la reserva mental de dejarle un depósito, no vacilaba en tenderle a Santos "el puente de plata", pues al fin podía tratarse de un enemigo que huía.

Entre sacrificar los principios y salvar las colonias, Tajes optaba evidentemente por las colonias...

Al fin pudo arribarse a una fórmula transaccional entre el gobernante y sus tres ministros en disidencia.

Estos permanecerían ajenos, salvada su opinión contraria, tal escándalo nacional que significaba despedir con los máximos honores oficiales al Capitán General Santos reducido a la categoría legal de simple senador por Flores.

El mundo santista resignándose a quedar, siquiera momentáneamente, privado de la defensa implícita en la persona del amo de la víspera, se orientó en el sentido de magnificar la despedida revistiéndola de los caracteres de una apoteosis popular.

Títulos muy grandes, decían, conservaba todavía el ex presidente, títulos con que habían condecorado a Santos en los días de supremo auge, el título de Jefe del Partido Colorado.

Extraordinarios y misteriosos paralelismos de la historia!

—*—

Entre los transatlánticos de categoría que anunciaban próxima salida, el elegido para el viaje era el "Nord-América", "espléndido y rápido vapor" de la compañía italiana La Veloce, capitán E. Montero, que zarpaba el 27 de noviembre para Río Janeiro, Génova y Nápoles.

Sin embargo, la epidemia de cólera reinante en Buenos Aires con el régimen de cuarentenas en vigencia y las alternativas del tiempo cuando todavía los temporales eran obstáculo para el tráfico portuario de Mntevideo, restaban seguridad a la fijeza de las fechas.

Tres o cuatro días antes se hizo pública la versión alarmante de que el Capitán General había sufrido un ataque al corazón que ponía en peligro su vida.

Aunque la afección cardíaca que aquejaba a Santos era positiva y muy seria, como que al fin lo victimó cuando sólo tenía 42 años, la dolencia que dió origen a la falsa alarma, era un simple catarro sin importancia.

Asimismo "oyendo consejos amistosos y prudentes" el Capitán General postergó su embarque hasta la tarde del día treinta.

El vapor — seguramente convenido de antemano — atrasó un poco su itinerario.

La gaceta oficialista que entonces titulábase "La Nación" hizo circular con ese motivo un boletín gratuito anunciando la postergación del embarque y el día y horas nuevamente fijados.

Como era uso entonces el transatlántico fondeaba en la rada exterior esperando el pasaje que conducían los remolcadores y las embarcaciones a vela de servicio en el puerto.

Santos y sus acompañantes irían en la cañonera General Artigas, expresamente



Teniente Coronel Antonio Corralón de Larrúa, secretario de Santos.



General Máximo Tajes, que sustituyó en la presidencia a Santos. Retrato de la época.

designada, la cual debía atracar en la cabecera del primer muelle de tráfico, en la línea del frente norte del edificio de la Comandancia de Marina.

Una excepcional formación militar, mechada con ciertos cuerpos civiles, como el alumnado de la Escuela de Artes y Oficios, constituía el gran número en los honores de despedida a Santos.

La carrera oficial era una carrera habitual, bien conocida tratándose de embarques y desembarques, que comprendía las calles Colón, 25 de Mayo, Ituzaingó, Sarandí, costado sur de la Plaza Independencia y Avenida 18 de Julio.

A la cabeza, apoyada en el portón de hierro de la Aduana, se situaría el Colegio Militar, continuándose por los batallones 1º, 4º y 5º de Cazadores, "Regimientos de Artillería con 44 cañones Krupp y ametralladoras, guarniciones de la Fortaleza General Artigas y del Parque Nacional, Batallón de Serenos, Comandancia de Marina, Escuela de Artes y Oficios y Policías de Extramuros, a caballo.

El ministro de Guerra y Marina Coronel Pedro de León, mandaba a la línea.

La hora del embarque estaba señalada para las 6 de la tarde y Santos hizo saber a sus amigos que los esperaría en su casa para despedirse, hasta el momento mismo de partir.

Al desfilar por frente al palacio los alumnos de la Escuela y varias unidades del ejército el ex-presidente salió al balcón a presenciar el paso.

Alrededor de las cinco la afluencia de gente en las calles era muy grande, al mismo tiempo que las fuerzas militares buscaban la ubicación que se les tenía asignada. Desde media tarde la cañonera "Artigas" atracó sin dificultad al muelle, recibiendo a su bordo dos bandas de música militar.

En punto, a las seis, el General Tajes, acompañado del ministro de Hacienda Antonio María Marques, se presentaba en coche descubierto delante de la residencia del viajero.

Santos tomó asiento al lado del presidente y el cortejo, precedido por los batidores de lo escolta, que seguía el carruaje, arrancó a largo paso rumbo al puerto, yendo detrás una larga fila de coches.

Durante todo el trayecto hubieron vivas, aplausos y flores arrojadas de balcones y azoteas, sin que faltasen tampoco silbidos y gritos destemplados.

¿Los vivas eran solamente para el presidente Tajes, lo mismo que eran nada más que para él las palmas y las flores, según entendían ciertos diarios y muchas personas de la oposición o Santos también llevaba su parte en los honores como opinaban otros diarios, opositores asimismo, y muchas personas desafectas al santismo?

Me inclino a creer que estos últimos tenían razón, el gobernante execrado de la víspera había ganado para sí un tanto de simpatía popular al abrir "motu propio" el camino de una solución nacional levantando el corazón a la altura que lo reclamaba el anhelo de la República.

Había sido generoso cuando hubiera podido ser de piedra, había sido capaz de sacrificarse por el país y no ya en el ocaso de su goierno sino en el momento en que su dominación — dígase lo que se quiera en contrario — era más fuerte y sólida que nunca.

—*—

Luego de un trayecto medio dificultado por la gente, la comitiva estuvo en el muelle donde esperaban los ministros del Brasil y de España, y pocos después en la cubierta de la cañonera Artigas que levó anclas casi en seguida, zarpando en compañía de un enjambre de embarcaciones de toda clase.

Todos los buques de la flotilla de Lussich por lo pronto estaban a disposición del público.

Al llegar Santos al Nord-América fueron dados cuatro vivas a la República, al Gobierno Constitucional, al Presidente Tajes y al iniciador de la política de conciliación y la cañonera Artigas hizo una salva de 21 cañonazos.

"Ayuden al General Tajes, sean patriotas, la salvación nacional está en el esfuerzo de todos" fueron — según se dijo — las palabras de despedida del Capitán General.

El "Nord-América" enfiló mar afuera y nada se supo de los viajeros hasta que el viernes 3 de diciembre desde el Lazareto de Isla Grande, frente a Río Janeiro, Santos telegrafió al coronel Cipriano Abreu, Jefe del 5º de Cazadores avisándole que había llegado bien y que saludase en su nombre a todos los jefes y demás amigos.

Permanecería en cuarentena hasta el domingo de tarde de modo que esperaba telegrama de Abreu.

J. M. Fernández Saldaña

LA NACION

EDICION EXTRAORDINARIA

Montevideo, Noviembre 29 de 1886.

El vapor NORD-AMERICA que llevará á su bordo al Capitan General

Don Máximo Santos

Para Europa, suspende su viaje para mañana

Por el temporal que reina en el puerto el vapor «Nord América» suspende su salida hasta mañana.

Por este motivo damos este boletin para anunciar que el embarque del Exmo. Señor Capitan General Don Máximo Santos, no se efectuará hasta mañana á las 9 a. m.

(GRATIS)

Boletín de "La Nación" anunciando la postergación del viaje.

BATALLA DEL RINCON

Por LUIS ARCOS FERRAND

Entre los trabajos de historia patria escritos hace años por nuestro malogrado compatriota Dr. Luis Arcos Ferrand, cuya muerte importa una pérdida nacional, ha sido hallado el artículo literario con que, al tributarle de nuevo nuestro homenaje, honramos las columnas de este suplemento.

La cruzada de Abril, reto lanzado al destino por una estirpe de hombre animosos, había levantado sus tiendas y había hecho ondear sus banderas de redención en la "orilla deseada". La historia de los orientales, hazañosa y legendaria, pasado el "lustro sombrío" empezaba de nuevo su curso interrumpido y glorioso. Comprendiéndolo así, alcanzando en toda su trascendente magnitud, la solemnidad de la hora, dispónense los pueblos al gran combate; y la instantánea repercusión del llamado y la noble y unánime resolución de secundarlo, hacen pensar que un nuevo Alcalde de Móstoles, hubiera lanzado a los cuatro vientos del solar nativo, este imperativo mensaje: *La Patria está en peligro. Montevideo perece víctima de la perfidia brasileña. Orientales acudid a salvarla.*

A todas partes llega el ruido de las armas. Parece que los brazos buscaran afanosamente los instrumentos materiales de su liberación, para esgrimirlos después con fervor encendido. Turba la paz de las noches campesinas el estruendo de corceles que pasan, el murmullo apagado de sigilosos diálogos a media voz, la estrofa cadenciosa de canciones que anuncian la epopeya.

Los primeros chispazos del gran incendio excitan la saña de los que vinieron como intrusos y quieren ser tratados como amos, y 20,000 soldados brasileños, puestos en pie de guerra, dan aspecto de tierra de gentiles a la que fuera cuna y agora del Protector y de la causa de los pueblos libres.

La lucha va ser desproporcionada, quizá de centenares contra miles. Y si en los primeros encuentros las insignias de la libertad obtienen algunas ventajas parciales, y Servando Gómez, Felipe Caballero y Julián Laguna, recogen en Mercedes y San Francisco los más tempranos laureles, estos éxitos aislados no despejan la incertidumbre que pesa sobre la suerte de la empresa. Y como el enemigo apremia y la superioridad numérica de sus legiones es una amenaza cierta de exterminio, los patriotas sienten, con la intensidad de un mandato providencial, que ha llegado el momento de los remedios heroicos. Entonces aprontan sus armas, sólo sus armas, porque sus corazones son viejos veteranos en estas lides en que la consigna es morir si no se puede vencer. Y a morir o a vencer van.

Piquetes brasileños guardan en el Rincón de las Gallinas, las caballadas que los imperiales reservan para mover con eficacia sus aguerridos contingentes. La proximidad del General Abreu, acampado en Mercedes, protege a aquel depósito que sus cálculos suponen ignorado. Entre tanto Rivera, en memorable junta de jefes, revela ante el asombro de sus oyentes, el atrevido plan de arrebatar a los brasileños el invalorable objeto de su custodia, y lo pone de inmediato por obra.

Es el amanecer del 24 de Setiembre de 1825. Por campos de la Patria marcha, imponente, la caravana de los libres. Son escasamente 250 hombres. En el movimiento ondulante de la masa humana, en la agitación incontenible del núcleo compacto, en la línea inestable que el contorno proyecta sobre la tenue claridad del horizonte, algo recuerda los primeros estremecimientos del mar que ha de tornarse desbordado y bravío.

Cuando la columna patriota llega al Rincón y el clarín ordena el ataque, ya está consumada la derrota imperial y cumplida, sin desmedro y con honra, la etapa inicial de la jornada. Es la hora de la jubilosa salutación a la victoria.

En medio de las cordiales y patrióticas expansiones los bomberos anuncian que una fuerte división de caballería enemiga se aproxima a marchas forzadas y ha franqueado ya la boca del Rincón. El estupor debió poner entonces lívidas muchas caras. Era como anunciar la hora del último sacrificio, porque el río que detrás corría y las tropas imperiales que campo adelante se acercaban, cerraban un círculo infranqueable.

"Sable en mano y a la carga" es la vibrante arenga.

Morir es la fórmula simple y escueta que en silencio se acata.

El choque es breve y recio. Malogrado el intento de la primera división enemiga, replégase ésta sobre las dos que la seguían.

Avanzan los patriotas y a pie firme reciben en una descarga general, el espaldarazo de la gloria. Pocos minutos más y los brasileños se encuentran "con los sables de nuestros bravos sobre sus cuellos". Después viene la persecución y el desbande.

"Sólo a estos guerreros, mi general, sería capaz de no arredrarles la formidable fuerza con que nos batimos cuando sólo éramos 250 hombres; pero yo pensaba en la ocasión de la batalla, que llevábamos a retaguardia 4000 coraceros según el valor, y orden con que se presentaron nuestros soldados a la presencia del peligro". Razón tenía Rivera cuando así pensaba. Sólo que en vez de 4000 coraceros estaba a retaguardia el alma inquieta de todo un pueblo, el encendido proselitismo de la causa que aquellas huestes representaban.



Luis Arcos Ferrand, autor de este artículo.

Cuando la carabinas imperiales apuntan, ellos siguen imperturbables su marcha, a paso de vencedores. Están fascinados por una visión que cobra realidad sólo para ellos, en todas las cosas y en todos los seres capaces de sugestión edificante y cordial: en la cuchilla, en el riacho, en la hondonada, en el árbol familiar, en el rancho hospitalario, en las caras curtidas y hoscas de los hermanos que los siguen, en el rictus doloroso de los que muertos allí se quedan. Es el alma de las cosas, que ellos no ven sino bajo la obsesión patriótica que domina sus pensamientos y sus ímpetus.

Están fascinados también por la figura cuyo relieve todo lo abarca en el cuadro del episodio inmortal. De Fructuoso Rivera puede decirse que fué la síntesis más acabada de las virtudes y de los defectos del nativo. El paisanaje lo siguió como a su bandera. Y nadie como él llegó a encarnar la impetuosa y varonil vocación, guerrera, el inquieto ajetreo de la voluntad indomable, la percepción inteligente y astuta del valer de los hombres y del significado de las cosas, que todo criollo lleva, por lo menos en germen, dentro de sí. Hombre para la acción, el ambiente acentuó su natural propensión a la independencia sin trabas, al culto del coraje, a la confianza en los recursos de su voluntad y de su ingenio. De ahí la audacia de sus planes y el éxito asombroso de sus temerarios intentos; de ahí su familiaridad con las situaciones imprevistas, con los procedimientos rápidos y sin planes previos, que el escenario predominantemente natural no consentía.

Refiere la crónica (1) que para conmemorar el cuarto aniversario del combate del Rincón se ordenó la demolición de un trozo de las murallas de Montevideo, comenzando por el portón de San Pedro. Expresiva y simbólica, la ceremonia resulta, aún después del tiempo transcurrido, el comentario más elocuente del resonante hecho de armas. Con ella se suprimía lo que era todavía signo material capaz de evocar la abominación del dominio extraño, y había sido antes asilo y protección de los intrusos y baluarte donde encontraron el fracaso o la muerte muchos patrióticos empeños. Significaba, sobre todo, anticipándose al juicio de la historia, dejar en la fábrica inerte de la muralla una huella de renovación, tan ostensible como ostensible y profunda había sido la que el triunfo del Rincón imprimiera en la marcha de los sucesos retemplando la fe en la causa, precipitando el desprestigio de la conquista brasileña y dotando de nuevos bríos al espíritu de resistencia que muy pronto habría de ejercitarse en las cargas augurales de Sarandí. La índole y las pasmosas consecuencias del gran encuentro recuerdan los golpes de audacia de los somatenes de Igualada, Manresa y San Pedro, en la revolución española del Año 8.

Quizá en el fondo de esta similitud hay mucho más que mera coincidencia. Acaso estos hechos son brotes de un mismo tronco milenario, cosechas gloriosas en que se adivina la mano de un mismo sembrador, ceremonia de un culto del que fueron oficiantes fervorosos los comuneros de Castilla.

Frente al pesado materialismo de la hora, saludemos en la fecha que pasa el gesto heroico en aras de una desinteresada idealidad; y, una vez más, constatemos, con nuevo y jubiloso optimismo, que estos hechos —en que la llama del espíritu anima al barro humano, son los únicos que dan a la historia materia realmente perdurable.

BATALLA DEL RINCON, por Diógenes Hequet.



(1) "El Universal" — No. 83 — 25 Setiembre 1829. Montevideo. — B. de la F. de D.

MARIA WALEWSKA

El único film que la eximia actriz sueca Greta Garbo ha interpretado este año, es motivo de una nueva exhibición en CINE METRO. Como se sabe secundan a la gran actriz además del actor francés Charles Boyer, que encarna el difícil papel de Napoleón, Reginald Owen, Alan Marshall, Henry Stephenson, Leif Erikson, Dame May Whitty y un despliegue extraordinario de "extras"



UNA GENERACION SIN TREGUA
BALTASAR DROMUNDO, POETA DE LA REVOLUCION

(Para EL DIA)

Este trabajo fué escrito por José Muñoz Cota, siendo Jefe del Departamento de las Bellas Artes, en México; actualmente desempeña el cargo de Representante Popular en el Congreso de la Unión. El poeta Dromundo, desconocido entre nosotros, es un valor de excepción, muy querido y valorizado en México. "Poeta de la revolución" lo llama Cota (de la revolución mexicana, aclaramos) y dice bien de su categoría de escritor este ensayo.

Para EL DIA)

COMO divisa, hay hombres que pueden ostentar en su vida el viejo verso inglés del "seafarer": "El deseo de mi corazón me obliga siempre a vagar".

Existe en la repetición de los temas marítimos algo más que una fidelidad estética, el ansia marinera puede ser expresión de la inquietud vital que se arroja sobre los motivos y las emociones de la cultura; la biografía, el ensayo, el poema revolucionario, la novela, el romance de hoy, han sido a manera de puertos a donde se llega con el "reverente miedo al viejo mar", que decía Wordsworld, pero de donde se escapa siempre, generación recia, hacia las rutas blancas y desconocidas.

Esta actitud desciende de una generación polifacética. Los corredores de la Escuela Nacional Preparatoria, sombreados de leyenda y ensueño limpio, cobijan las voces amigas de un puñado de jóvenes que en la vida viene encontrando en el ángulo de su convicción revolucionaria, afirmándose cada vez más en la pureza de sus trayectorias: Baltasar Bromundo, Cisneros Canto, Pérez Martínez, Kubli, Formentí Josué Mirlo, Martín Paz, Alarcón, Bonequi, S. Sierra, veinte más, cuya obra multiforme, poesía, ensayo, crítica, novela, historia, ha venido recogiéndose en una serie de libros, periódicos y revistas.

El examen de esta producción —tarea difícil pero trascendente— puede dar como resultado el conocimiento de la fisonomía psicológica de esta generación a la que le ha tocado en suerte vivir y actuar en uno de los períodos más interesantes de la revolución mexicana: la etapa de la valorización moral y cultural, como consecuencia de la valorización de justicia económica.

En espera de que una voz autorizada venga a decirnos los rasgos propios de estos esfuerzos jóvenes, "Vidas Sin Tregua", me propongo, sencillamente, eslabonar algunos datos y atisbos sobre las existencias inquietas y plenas de entusiasmo y de talento.

BALTASAR DROMUNDO—

A un escritor no se le puede juzgar por un solo libro, sino por la reunión de todas sus obras, y eso todavía, con un carácter provisional, en cuanto no es, sino que está siendo, en un devenir constante.

Las condiciones especiales que vive México, con el reclamo urgente de cooperación que se agudiza para aquellos con filiación revolucionaria, ha obligado a los jóvenes a dividir en diversas tareas sus actividades y su celo, y a multiplicar el ejercicio de su talento y de su emoción. Será porque se siente, con impaciencia, que hay mil cosas por hacer y porque el afán de llevar la existencia a ritmo con la vida de la multitud obliga a fraccionar en caminos diversos la propia obra. Lo cierto es que todos los nuevos escritores, han tenido, por fuerza, que multiplicarse en la palabra escrita y en el discurso, en el periodismo y en la cátedra, en la poesía y en la política. Se entiende, sin embargo, que no han podido descuidar su preparación cultural y así sucede que son hombres con lecturas y meditaciones constantes, empeñados en un cultivo ininterrumpido que abarca las más variadas disciplinas del pensamiento y del arte y que se traduce en la depuración progresiva de sus estilos, hacia formas cada vez más inteligentes y más austeras en la expresión de su emoción, en el hallazgo de un equilibrio justo del contenido y la forma.

Todo esto acontece con Baltasar Dromundo que se distingue por la fuerza de su imaginación en sus formas poéticas y por la violenta pasión de intención revolucionaria, fisonomía de polemista en sus ensayos de críticas y sus biografías.

Para juzgarlo, además de los artículos publicados en periódicos y revistas (1927-1938) nacionales y extranjeras, deben tomarse en cuenta sus libros: "Negra Caiyou", poesía; "Los Oradores de México", ensayo; "Emiliano Zapata", biografía (que obtuvo el Premio Nacional de Literatura que Dromundo renunció más tarde); "A Quince Años de Emiliano Zapata", ensayo; "Lenin. XI Aniversario", ensayo; "Elogio de la Lealtad", ensayo; "Villa y la "Adelita", ensayo histórico; "Vida de Bolívar", biografía; "13 Romances", poesía; y algunas obras más en preparación.

La poesía de Baltasar Dromundo, en el cauce de los poetas nuevos de España, Centro y Sudamérica, mantiene la originalidad de sus imágenes con audacia verbal y emoción contenida en los límites de una poesía domeñada por la inteligencia.

El "Romance de la Negra Caiyou" (que forma parte del libro "Negra Caiyou"), alcanzó las proporciones de emoción nueva y de atisbo sutil, en el plano estético de un abandono intencionado de las formas, por conocimiento de ellas y alarde de libertad lírica.

Es en "Trincheras", libro escrito en 1935 publicado fragmentariamente y más tarde pospuesto en su publicación por el autor, donde Baltasar Dromundo aborda el panorama rojo de la revolución mexicana. Un epígrafe de Nicolás Lenin enmarca, certero, su aportación a la lucha social: "El arte pertenece al pueblo. Sus raíces deben llegar hasta lo más profundo de las masas trabajadoras; debe ser comprendido y querido por ellas, elevarlas, unir sus sentimientos, sus ideas y su voluntad".

Arma presentada en el crucero de las literaturas revolucionarias de Europa y de México, intenta reflejar la belleza y la emoción propia de un movimiento que no se hizo sólo con la acción de los fusiles, sino que se enredó, luminoso y trémulo, en las cuerdas de las guitarras y en los silencios de los indios.

Los hombres que escriben en México, sobre temas de la revolución, he dicho sinceramente, han estado a punto de matar a la gallina de los huevos de oro, en virtud de que el reportazgo y la anécdota han terminado por desdibujar el cuño de los temas profundos y amplios del movimiento nacional.

Dromundo canta "La Soldadera": **Has dejado embarrados los pies —sobre la piedra del camino—, tienes los ojos de imposible y la cara y el cuerpo y las manos, huesosos, —y los pies ya macizos de grietas— y te cubre una túnica de mugre—, ¡salve!, hermana soldadera. — Porque esta hora grave—, muchas veces encinta has cargado el 30-30—, has compartido nuestras hambres —y has cantado con nosotros— el himno de la "Valentina"— bajo la marquesina de las balas. Porque nos diste los hijos en las calles o —en la cárcel— en los montes o a la grupa de los furgones—. . .".** La sombra de la estoica mujer que santificó los caminos de la angustia, con los hijos a la espalda, se agiganta en el precioso verso realista que citamos fragmentariamente.

Canta también, en forma popular, siguiendo la tradición del corrido, expresión nacional del romance español, los mil y un sucesos que enaltecieron el sacrificio de los levantados en armas: **"Iba la esperanza terca enredándose al paisaje —que crucificaba a gritos nuestro señor 30-30—; iba el paisaje adornado de soldados y "corridos" —allá a lo lejos, la muerte,— mujer al fin, acechaba"**. . .

Y en otro sito, romance preciso, de emoción limpia: **"Iba la esperanza terca —rodeando por los caminos— como eco de nuestra voz —y era dulce en aquel tiempo— como la pena entre dos—; revolución, madre nuestra".**

Canto la vida heroica en ritmo de la "Adelita" —heroína revolucionaria de México cuya historia acaba de publicar Dromundo en su ensayo histórico "Villa y la "Adelita"— y la emoción en trinchera de la "Valentina", y sus cuadros nos sorprenden con un desfile de imágenes, línea de tiradores, deshilachados sus rifles en un "¡quien vive!" violento: **"las sombras— dan tumbos a cada fogonazo— el monte se ha quemado las entrañas—; compadre: allí te encargo a mi "vieja" — dile que me "quebraron"**. . .

Ha descubierto el sentido del sino misterioso del "vivac" cuando aprendió, **uno de los primeros,** a gritar el nombre de Emiliano Zapata como bandera para los jóvenes. Por el Ajusco sorprendió— **"alfileteros de los trajes blanco— y los sombreros de petate— sustitutos de la hoja de papel— para el "timbiriche" del "máuser".**

Así se desenvuelve todo ese libro, apretado de horizontes y de alarma, como el clarín de guerra en la montaña, donde los hombres del pueblo, los campesinos y los obreros liaron sus vidas con cigarros de hoja y las quemaron al porvenir.

Se llena de una alegría vigorosa, alegría abierta en plenitud internacional y en vientos fuertes, cargadas sus mochilas de esperanzas de justicia: **"magníficos horizontes— se llenaron de mañanas— como de pájaros nuevos— sobre un paisaje de cobre—; los caminos de la tarde— se adornaban de overoles— y era un incendio de azules el asfalto de las calles"**; y, más adelante: ". . . **y era multánime y grave —y era magnífica y grave— la revolución social".**



El escritor mexicano Baltasar Dromundo

Lo importante para el poeta de esta hora que aborda los temas de la revolución social, no es sólo arder en solidaridad con los trabajadores del campo y del taller, sino arder bien, en función de una alta calidad estética. Buenos escritores y no malos directores de huelgas, según la acerada divisa de Browder, en el Congreso Internacional de Escritores Revolucionarios celebrado en New York.

La revolución no puede esperar a un retroceso en la cultura, sino a un enriquecimiento de ella por la visión de forma de más amplio contenido. No puede aspirar tampoco a destruir o nulificar los valores individuales —resulta ridículo quererlos sustituir con el abuso de un trabajo colectivo, que si es útil en el aspecto económico, es infecundo en manifestaciones artísticas— por el contrario, la revolución debe preocuparse, y de hecho así sucede en los países cuyo destino es libre, por exaltar la realización integral de sus escritores, de sus poetas, de sus filósofos, de sus pintores, de todo el engranaje de una nueva cultura que justifique en su estadio propio el movimiento económico y la acción violenta de reivindicación. Lo interesante no es sólo escribir sobre motivos revolucionarios, sino escribir bien en calidad de poeta auténtico con talento y cultura, y esto, por desgracia, no se improvisa. De aquí que la voz de Baltasar Dromundo desde su trinchera sea voz de resonancias fecundas y alentadoras.

No olvidemos: Hay poetas que viven remendando una mínima y dulce sensibilidad para cantar en la sombra y está bien, en su voz, así como hay otros a quienes la selva atemoriza y los mares les son familiares. Si los unos poseen una sutil, tenue, casi metafísica calidad óptica para ver el matiz, tan exquisita y clara virtud, los otros pueden ser dueños de una vibrante sonoridad, sin que nadie, propiamente, tenga derecho a despreciar lo uno de lo otro.

Es necesario, sin embargo, señalar este dato interesante: Por fuerza dialéctica, en México, se empeñó una primera etapa que ya está totalmente superada, una aguda polémica entre lo que dió por llamarse el grupo de escritores revolucionarios atentos al dolor social, y de los poetas "puritas", denominaciones arbitrarias. La polémica nos llevó a desconocer valores. Ciegos, pasionalmente irreductibles, nos atrincheramos en una serie de juicios críticos de mutuo desprecio. El solo enunciado de revolucionario impidió el entendimiento. Fué en cierto modo un miedo a las palabras. No era una revolución exclusiva de la forma, no lo era, ni lo podía ser, en la esencia misma de la poesía y del arte, era y es, simplemente, la respuesta estética a motivos y temas que han sido de todos los tiempos. Que ni siquiera son patrimonio de estos días. Más allá de las banderías políticas, nadie que pueda ser austero al pensar, podrá dejar de apreciar lo que de belleza pura, de arte esencial —acierto en la imagen y plenitud en la emoción— contienen las expresiones revolucionarias. Sin claudicar por esto, y superando la táctica de la violencia, se verifica un retorno gradual a las formas con el orgullo legítimo de conocerlas y manejarlas, manejarlas bien. No quiero decir que todos los artistas revolucionarios, ni tampoco todos los escritores estén realizándose en este plano de calidad.

Falta madurez y sobra improvisación. La crítica revolucionaria, a la que estamos obligados, nos impele a conocer que urge diferenciar entre los hombres políticos, más o menos hábiles y sinceros, con aficiones artísticas y los artistas auténticos que solidarizan en el dolor de las masas. Los unos no superan la línea de la propaganda, los otros se manifiestan en razón de la belleza de su obra y hacen propaganda por añadidura, por la elocuencia de expresión de su obra.

No puede negarse la fuerza de propaganda que tiene el cartel. Su alcance, su destino, pero lo malo es que hay muchos pintores que se quedaron en el cartel y siguen haciendo carteles aún cuando se propongan crear obras con significación de altura estética. Y creen que están haciendo arte revolucionario. Lo mismo sucede con la novela. Novela-carteles. Monólogos novelizados. Pretextos para que un protagonista, que puede ser obrero o un intelectual revolucionario, nos atormente con discursos en donde se mal-extracta el Manifiesto Comunista. Falta el aliento, el vuelo, la emoción, la calidad literaria. Y en esto han tenido razón los críticos de la "derecha".

Por todo esto y fundamentalmente porque Baltasar Dromundo es poeta y conoce a ciencia y paciencia su profesión y su técnica de escritor, da un salto desde su "Trincheras" hasta su "13 Romances", poesía pura. En el prólogo, su autor explica su libro como una manifestación de la crisis cultural, común a todo, transitoriedad histórica. Es más que eso: es positiviamente un acto de sinceridad artística, poco común entre los escritores revolucionarios.

Recuerdo que cuando llegó Alberti a México me sorprendió, y mucho, saber que simultáneamente, escribía poemas revolucionarios y poesía pura. No lo entendía, entonces. El caso es diáfano: el artista, por más revolucionario que sea, no podrá escapar nunca al llamado de los motivos humanos en sus más diversas manifestaciones emocionales. De otro modo sería la suya una obra totalmente deshumanizada por fuerza de ser absolutamente unilateral y monocorde. El amor a la mujer y a los paisajes, al sol, al mar y al viento, no es patrimonio de ninguna clase social, como sea de los artistas mismos, en el reparto agrario del ensueño. "Trece Romances", es un magnífico libro de poesía pura, donde el romance cobra los límites de su perfección técnica; y la emoción se mantiene decorosa y sobria, si bien la imagen es todavía más húmeda que en aquel su primer libro, la "Negra Caiyou".

No puede hablarse de influencias. No el "Romancero Gitano", sino todos los romanceros españoles, mas la poesía de Heine, más los poemas de Baudelaire, más la literatura nueva de Sudamérica, y esto con decirlo todo, no es decir nada. **"El romance está maduro — porque lo tomé del mar,— todos los puertos del mundo— son breves para el afán— el hombre es un vagabundo— tiene el dolor de soñar— yo soy Baltasar Dromundo— amigo en suerte del mar". "13 es número de magia— gitano y dulce a la vez— si la ruleta es gitana— se debe a que es muy mujer— sólo 13 madrugadas— me dieron mucho quehacer— 13 mil lunas gitanas— fueron la pena de ayer". "Vamos para tierra adentro— corazón, ya no es la misma— ya no es la misma muchacha— que yo busqué en Veracruz— cambio el puerto a la meseta— sus ojos, el puerto y tú— corazón, para esta pena— no basta la luna llena— ni el mar, ni me bastas tú".**

Después nos viene, recogido y triste, en ausencia de una voz, su **"romance que tenía la edad de una muchacha"** Evocación en la palabra. Temblor en el ritmo. Distancias en la imagen: **"La luna, inútilmente— jugaba a tocar el agua— no sabe el mar que ella tiene— la edad de cualquier muchacha—; la playa, la playa larga—, quizá nos creía ausentes— y era que se iba el alma— y eras tú, y era perderte".**

Su "romance de Villahermosa, la ciudad que no está lejos del mar"; y ese estupendo estremecimiento que es su canto a Juana Duval donde las repeticiones buscadas con un dolor lúbrico nos dejan el sabor de las mujeres torturantes de Baudelaire.

Así, serpiente de anillos luminosos, se desenvuelve la poesía lírica de estos trece romances de amor y del olvido, de esperanza y desconsuelo, "romances de sin fortuna" y de mar y de nombres de mujer. Todo dicho en alto, con voz clara y amante dolorosa. Con firme personalidad. La voz debida a ella.

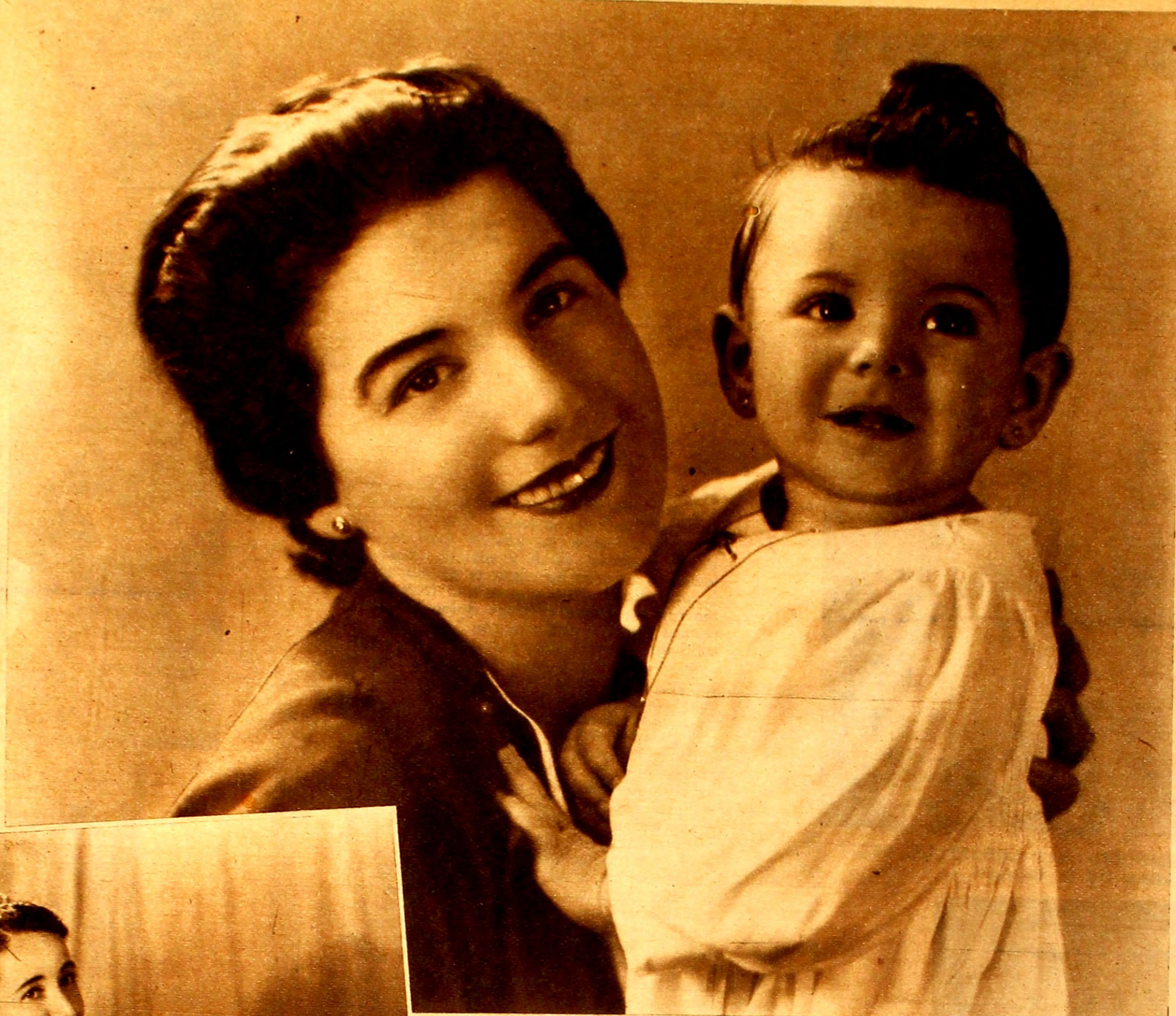
Después de su "Romance a Tomás Garrido" —otra obra— donde logró captar en su manifestación de poesía pura el milagro en verde y oro de la tierra tabasqueña y el Padre Río, se completa hasta estas fechas, su obra, con la documentadísima Biografía de Emiliano Zapata y, más tarde con su ponderada biografía de Simón Bolívar. Sus ensayos, además, que merecerían juicios por separado, todos ellos justos y adecuados.

Así va su tarea, discutida, elogiada y censurada con pasión y amistad inteligente. Con voces amigas de estímulo fuera y dentro del país. Así esta parte episódica de su existencia batalladora en donde, indiscutiblemente, hay talento y cultura.

José MUÑOZ COTA.

SOCIALES

FOTOS DE MARCHESE



SEÑORA AMALIA LOPEZ DE FERNANDEZ Y SU HIJITA AMALIA GRACIELA.



SEÑORITA DELIA C. LUCIANI



SEÑORA MARIA L. ROVETA DE WEYRAUCH Y SU HIJITA GRETY



MUSEO DE VALLADOLID, SAN SEBASTIAN, DEL RETABLO DE S. BENITO.

BERRUGUETE

POCAS noticias se tienen de Alonso González Berruguete para establecer por ellas su filiación artística. Las hay muy numerosas sobre su familia (padres, hermanos, esposa, hijos y nietos), sobre las fechas y precios de algunas de sus obras, y sobre los muchos pleitos que sostuvo, de las que se sacan algunos datos interesantísimos para restablecer, en lo posible, la vida del hombre, pero no la del artista. De éste sólo se puede apuntar que fué hijo de un pintor de gran fama, y uno de los que más contribuyeron a implantar en Castilla la manera italiana; que su vida se desarrolló entre 1486 ai 90. en que debió nacer, hasta 1561, que falleció en Toledo, ocupando, por lo tanto, uno de los períodos más interesantes de la historia de la escultura española, en que las tendencias sostienen una continuada pugna, los ideales cambian, los estilos se suceden y la evolución no termina hasta que por fin se establece un ideal adecuado al sentir de aquella sociedad, y ya impera más tranquilamente durante todo el siglo XVII; que todos sus biógrafos convienen en que estuvo en Italia en su juventud y allí terminó su aprendizaje, y que, efectivamente, Vasari cita a un Alonso Berruguete Spagnuolo. que estudió los cartones de Miguel Angel para la Sala de la Señoría de Florencia, que copió el Laoconte en un concurso celebrado en Roma, y que continuó en Florencia un cuadro comenzado por Fra Filippo Lippi. A esto se pudieron agregar ciertos rasgos que se citan de su carácter y algunas anécdotas que ayudarán a completarlo; pero nada tiene valor comparado a su propia obra, que revela al hombre mismo con más vigor y claridad que pudieran hacerlo las noticias documentales y que es aún lo suficientemente abundante y varia para reconstruir al artista y señalar los puntos más salientes de su fuerte personalidad.



SAN SEBASTIAN. (DETALLE).





CATEDRAL DE CUENCA DETALLES DE LAS PUERTAS CAPITULARES.



CORO DE TOLEDO, SANTA LUCIA.



M. DE VALLADOLID, DETALLES DE RETABLO DE S. BENITO.



CORO DE TOLEDO, STO. DOMINGO DE GUZMAN.



MADRID, DIBUJO EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.



DETALLE DEL RETABLO DE S. BENITO.



CORO DE TOLEDO, SAN SEBASTIAN.



MUSEO DE VALLADOLID, SAN JERONIMO.



MADRID, DIBUJO EXISTENTE EN LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.



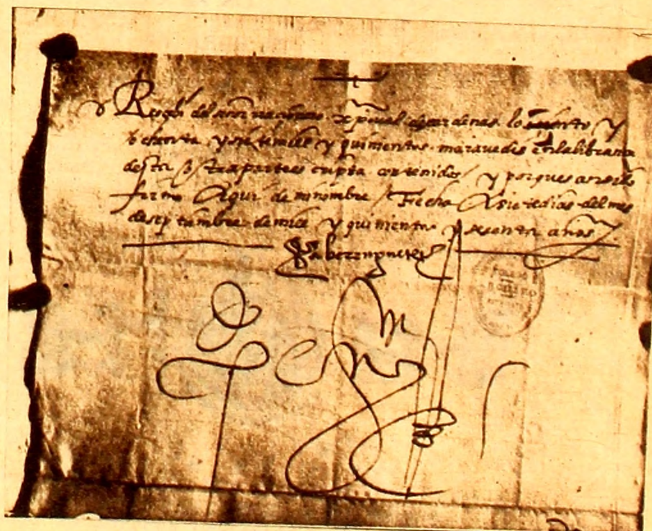
MUSEO DE VALLADOLID, ESTATUITA DEL RETABLO DE S. BENITO



CORO DE TOLEDO, SAN MARCOS.



MADRID, DIBUJO EXISTENTE EN LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.



TOLEDO, RECIBO DE BERRUGUETE, QUE SE CONSERVA EN EL HOSPITAL TAVERA.

HEROISMO

Por MANUEL BENAVENTE

(La noche —negra, profunda, trágica— parece haber borrado la casita blanca, frágil como de porcelana, cuyo sueño velan amorosamente los árboles. Suenan a lo lejos los roncos clarines del huracán).

UN ARBOL

¿Oís, hermanos? El enemigo se aproxima.

LOS ARBOLES

Oímos. Estamos dispuestos a todo.

UN ARBOL

¿A todo? La espada del rayo relampaguea en sus manos. Corren desbocados los corceles de su coraje y llenan la noche de gritos de su soberbia. Es enorme la responsabilidad que pesa sobre nosotros.

LOS ARBOLES

No lo ignoramos. Pero sabremos cumplir honradamente nuestro deber.

UN ARBOL

¡Así me gusta, hermanos! Hemos nacido para la paz y el bien, pero no le tememos a la muerte. Unidos estaremos en esta hora de angustia para oponernos al mal con todas nuestras fuerzas. Y si al fin el mal triunfa, quedo nuestro esfuerzo como semilla fecunda que ha de florecer en el porvenir.

—o—

EL HURACAN

¡Abridme paso! Mi fuerza arrolladora no reconoce vallas.

LOS ARBOLES

¡Jamás! Tenemos la misión de defender esa casa donde el hombre descansa y sueña.

EL HURACAN

¡Insensatos! ¿Desconocéis mi poder? ¡Os romperé en mil pedazos y saltaré sobre vuestros cadáveres!

LOS ARBOLES

Hazlo, si puedes. Sabemos que eres fuerte, pero no lo es menos nuestra voluntad. La casita se ha confiado a nosotros. Espera que la defendamos. Abandonarla a tu furia seria una traición y una cobardía que no podríamos soportar.

EL HURACAN

¡Imbéciles! ¡Podéis vivir aunque ella muera!

LOS ARBOLES

Preferible es, a veces, morir para salvar lo que más importa de la vida.

EL HURACAN

¿Qué ha hecho la casa por vosotros?

LOS ARBOLES

El hombre que en ella descansa nos prodigó su cariño. Somos deudores de su ternura. Además, ella paga los cantos de las pájaros que en nosotros anidan, con cristalinas risas de niños. La hemos visto gozar, sufrir, esperar y soñar. ¿Te parece poco?

EL HURACAN

¡Tonto sentimentalismo!



DIBUJO DE AGUERRE

LOS ARBOLES

Es humilde y buena. Vive feliz en su falta de ambición. ¿Por qué quieres destruírla? Noda te ha hecho.

EL HURACAN

¡Me estorba, y eso basta! Su mansedumbre quiere poner un límite a mi fuerza. ¿Sabéis lo que es esta divina embriaguez de la fuerza? Si lo supierais, no discutiríais conmigo. ¿Qué ruído se oye?

LOS ARBOLES

Es el canto de un niño que ha despertado llena de pavor al escuchar tu música salvaje.

EL HURACAN

¡Qué me importan los niños! ¡Cargue la muerte con los débiles! ¡Abridme paso, digo! He perdido mucho tiempo en esta charla inútil.

LOS ARBOLES

Piensa que tu fuerza es ciega, irrazonable, ilógica. Nos opondremos a ella.

EL HURACAN

¡Moriréis!

LOS ARBOLES

No nos asusta la muerte. Hay algo que está por encima de ella, y es la vida. La vida, a la cual nunca —¡nunca!— podrás vencer.

EL HURACAN

¿Sois tan estúpidos que preferís el sacrificio?

LOS ARBOLES

Te enseñaremos a morir con alegría.

EL HURACAN

¡Sea! No nos quejéis después.

LOS ARBOLES

Jamás cederemos a la violencia. Cada uno morirá, si hay que morir, en su puesto.

EL HURACAN

¡Voy a barreros, canallas! Nada quedará de vosotros.

LOS ARBOLES

¿Nada? ¿Y qué quedará de tí, que destruyes por placer y matas por orgullo, y pretendes cegar las fuentes eternas de la vida?

EL HURACAN

¡Esa será mi gloria!

LOS ARBOLES

Esa será tu condenación. Y, al fin de cuentas, el signo indudable de tu debilidad. Porque eres débil, pese a tu fuerza, a tu orgullo y a tu ambición.

EL HURACAN

¡Temblad, miserables!

LOS ARBOLES

¡Opongámosle una muralla de ramas! Tengamos cuidado de no caer sobre la casa.

EL HURACAN

¡Han caído diez al primer empuje! ¡Rugid, clarines! ¡La victoria será nuestra!

LOS ARBOLES

¡No importa la muerte! ¡Animo, hermanos! ¡En nombre de la vida, del amor, de la esperanza!

EL HURACAN

¡Rendíos!

LOS ARBOLES

¡Atrás, canalla! ¡Hasta nuestros cadáveres te opondrán resistencia!

EL HURACAN

¡No habrá piedad para vosotros!

LOS ARBOLES

¿Y quién puede esperarla de tí?

.. ..

.. ..

—o—

LA CASITA

Dios mío! Estoy rodeada de árboles muertos... Sol ¿sabes lo que ésto significa?

EL SOL

Me lo contó la montaña. Mientras dormías, el huracán quiso destruirte...

LA CASITA

¡Y ellos se sacrificaron por mí! ¡Pobres amigos míos!

EL SOL

Con su muerte pagaron tu vida. Abre tus puertas. Mis flechas doradas van a despertar al hombre.

LA CASITA

¿Para qué?

EL SOL

Para que mire y aprenda. Para que enseñe a sus hijos este ejemplo de sacrificio heroico y desinteresado.

LA CASITA

¡Los árboles! Tan buenos, tan dulces, tan armoniosos...

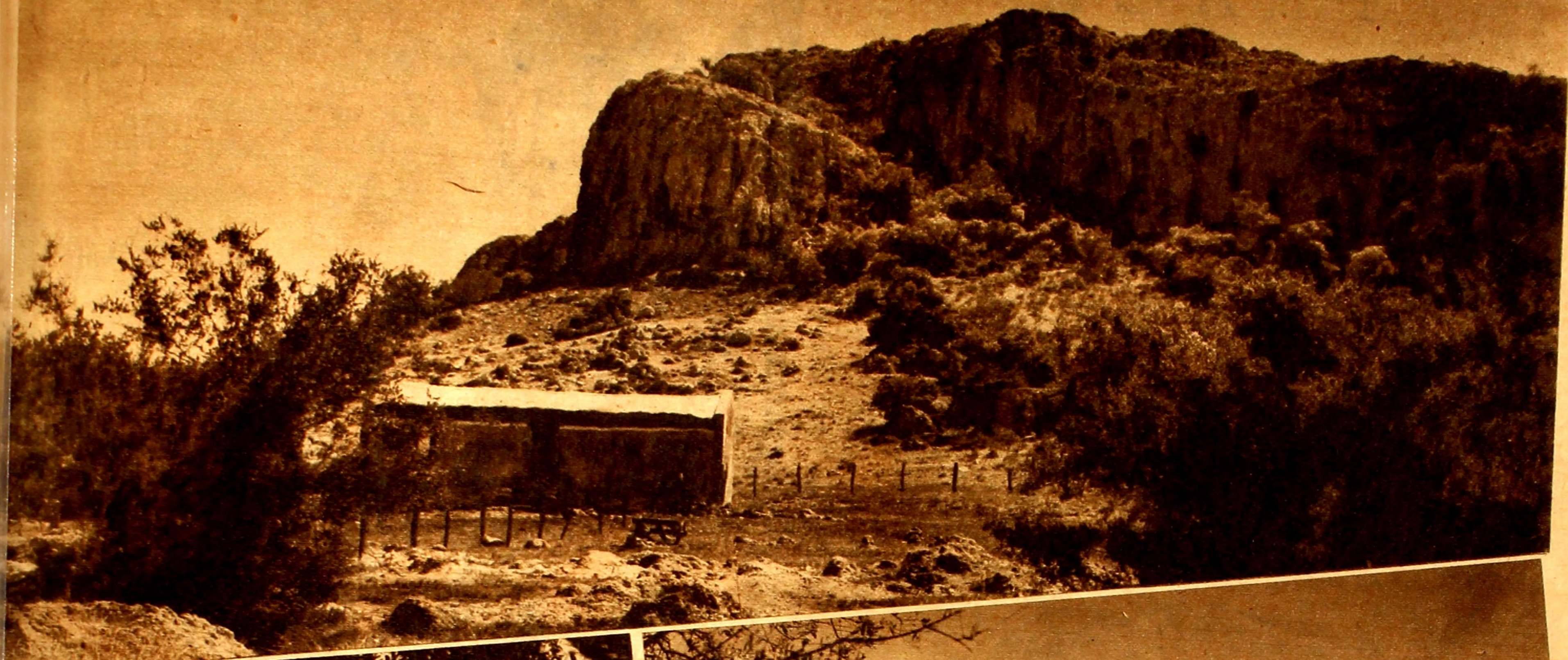
EL SOL

¡Y tan valientes!... Beso sus despojos y se diría que aún se estremecen de amor...

MANUEL BENAVENTE.

Una extensa llanura destaca la elevación de este cerro, en el valle del Aiguá.

CERRO LOS MINUANES







Garganta por la que se hace accesible el altiplano del Minuanes.

Altos paredones, pelada la roca gris, rodeado en las laderas de frondosa vegetación.

bitación de piedra, rmética y recia, como taleza, es la única manestación de vida que encuentra en muchas eguas a la redonda.

TA región que ahora define el Departamnto de Lavalleja fué las que tuvo más nua población indígena, uzgar por las huellas sepulturas en los altinos de algunos cerros, piedras redondeadas se descubren en os, avalorios, y aún los mbres de algunos de s cerros que recuerdan idioma de los aborígen: Marmarajá, Piranga, arajá, Alguá, y éste los Minuanes, el más de todos los de la coca, de laderas cortaa pique, con garganque lo hacen accesientre la frondosa veación que lo rodea. e hallan en él objetos los aborígenes, tales o boleadoras, flechas, tros objetos de piedra.



Un minuto de belleza



Del tiempo dedicado a la coquetería, se debe reservar "un minuto" por lo menos a vivificar la epidermis. Sólo la glicerina de almendro tiene el poder misterioso de dar nueva vida a la célula: la tonifica, la rejuvenece... Un suave masaje con esta preciosa crema líquida imparte al rostro, escote y manos, la más delicada belleza.

LOS CAMINOS IDEALES
PRAGA

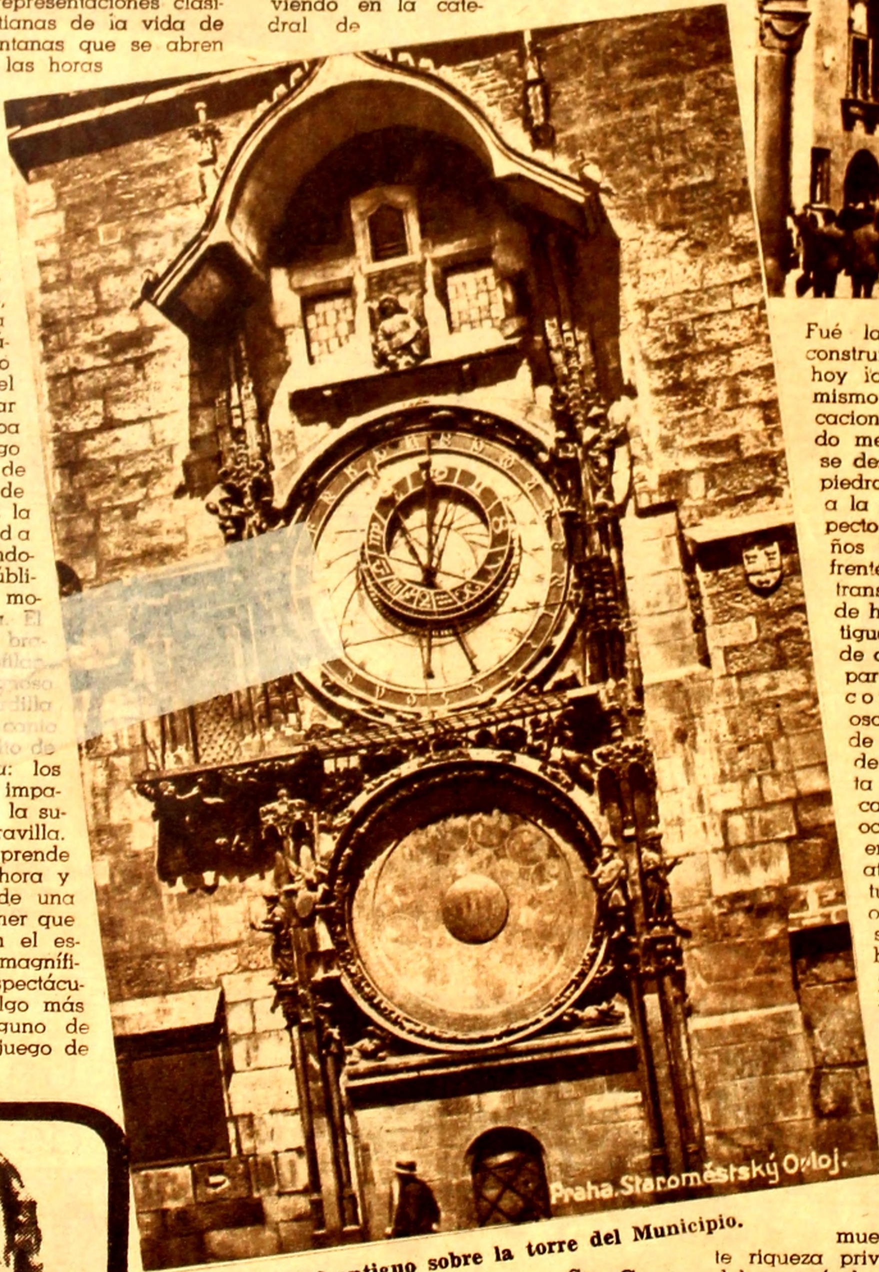
(Para EL DIA)

LA ciudad sabe presentarse al turista. Para los americanos del Sur parece que entráramos en un Buenos Aires no muy espeso en su muchedumbre, pero con el mismo aspecto abierto y claro. A medida que la recorremos, nuestra primera impresión va sufriendo cambios que nos sorprenden, y por último, sentimos que la ciudad que aparece tan moderna y acogedora, es el esfuerzo de una población entera que se ha dicho ¡adelante! La crónica de la edad media está allí aún intocada en sus monumentos, para mostrarnos el abismo salvado. A dos pasos del hotel en medio del fárrago moderno de tranvías y autos la evocación más extraordinaria...

Va a dar la hora en Praga... Hay un reloj astronómico en el hotel de Ville, —el municipio checo — objeto de curiosidad inagotable. En el cuadrante de veinticuatro horas, aparecen: la luna, el sol, el día, la noche, las estaciones y el zodíaco. Un círculo de color en el cuadrante indica la permanencia del sol sobre el horizonte. Debajo otro cuadrante, fijo, con el zodíaco pero en lugar de las representaciones clásicas las escenas cristianas de la vida de Jesús. Arriba dos ventanas que se abren automáticamente en las horas y desfilan detrás de ellas los apóstoles. A los lados cuatro estatuitas de los personajes más inexorables de la vida checa: la muerte representada por un esqueleto que tira de un hilo para dar las campanadas de las horas, previa una graciosa reverencia con su cráneo lustroso al público reunido un asiático, el turco, que hizo peligrar la existencia de Europa central en 1452; luego un fraile como motivo de las terribles guerras de religión; y, por último, la Vanidad representada por un hombre mirándose en un espejo. El público espera sonriente el momento de dar la hora. El esqueleto levanta su brazo, los apóstoles desfilan y, al terminar, un hermoso gallo desde la buhardilla del reloj lanza su canto alegre y largo. Otro grito de entusiasmo le contesta: los checos que asistían impacientes y no resisten a la sugestión de la maravilla. Aplauden y se comprende que le harían dar la hora y cantar al gallo más de una vez aún a riesgo de tener que verse directamente con el esqueleto. ¿Es que ese magnífico reloj es sólo un espectáculo para niños? Hay algo más que no escapa a ninguno de los que asisten a ese juego de marionetas. Es la perduración de un hecho que nació casi en la edad media — dos años antes del descubrimiento de América —y fué la prueba anticipada de cómo el ingenio humano iba llegando por la virtud de la mecánica a su más grande liberación. Y todo ello rodeado de la gracia cándida de los artistas y siglos pretéritos...

Atravesamos el puente Carlos IV. Sus parapetos llevan adosados un pueblo de estatuas. Por los afiches de propaganda que en París se multiplicaban, incitando al viaje a Praga, era conocido este aspecto y ya me era grato el viejo histórico puente. Una gran cruz judía se levanta con su cargado de siluetas emponchadas de nieinscripción en hebreo ofreciéndose al transeunte. A pocos pasos de ese lugar, San Juan Nepomuceno fué arrojado al agua. En el mismo sitio una plaqueta recuerda el acontecimiento. El culto por este santo fué un dique que se puso inteligentemente para detener la propagación de las ideas reformistas. Así nos lo explica un amable hijo de Pragra. Este culto alcanzó una importancia que puede juzgarse viendo en la catedral de San Guy donde se venera su memoria un altar de plata que lleva 3600 libras de peso de ese metal.


VISTA DE LA CIUDAD VIEJA



El reloj antiguo sobre la torre del Municipio.

El aspecto de un cementerio judío no podrá verse sino en esta capital. Pueblo que debió girar sobre sí mismo para poder subsistir, da a todas sus manifestaciones este carácter concentrado. Ritos, lengua y costumbres son de naturaleza pristina. Pero es en su cementerio donde se evidencia para nosotros. Reducidos a un espacio del cual no podían salir, se vieron obligados a enterrar sus muertos por capas y se cuentan ocho en aquel estrecho lugar. Las estelas llevan sobre sus bordes montoncitos de piedra. Son las oraciones de los judíos que así las manifiestan. Cada deudo deja su guijarro; otros, más explícitos, recurren a cartas y, en la tumba de alguien que debió vivir en amor a su prójimo, abundan las misivas que son arrojadas por un intersticio de la estela con las lágrimas y pedidos de lo sufrientes de este mundo. Este reposorio eterno, silencioso y sin pompa, está lleno de una melancolía inenarrable. Cerca del cementerio, los judíos de Praga, cuentan con la más antigua sinagoga de su culto en Europa. Fué la primera que se permitió construir y en ella se efectúan aún hoy los casamientos. Como en el mismo cementerio las estratificaciones del terreno la van dejando medio sepultada. Para entrar se desciende por una escalera de piedra, luego por otra y se llega a la nave de estilo gótico, de aspecto tétrico y sucio. Hay pequeños bancos y un pupitre a su frente, de maderas livianas y transportables. Diversas jaulas de hierro en su parte central, antiguas candilejas, una especie de altar adosado a la pared que parece un cubo recubierto con cortinas de terciopelo rojo oscuro y bordadas. Una serie de velas laterales, a manera de guirnalda va subiendo hasta el altar que luce grandes candelabros de tres brazos y ocho velas. Una tronera larga en la pared nos llama la atención. Por esa especie de tubo es que pueden ver el oficio las mujeres cuya presencia entre los fieles estaba prohibida. El estilo gótico tiene un agregado que la religión le impuso: la cruz de las bóvedas —que se produce por el encuentro de las líneas del cañón — tiene agregada una quinta rama para que no figure el símbolo de la cruz sobre sus cabezas. El barrio judío que se ha formado en las adyacencias de la sinagoga demuestra una antigua y evidente riqueza privada. Algo se penetra allí del porqué de los asaltos a este pueblo inerme, que enciende tan fácilmente todas las pasiones políticas, religiosas y económicas.

Desde el balcón del Hradshin, por las mismas ventanas donde los checos defenestraron a los tenientes y al secretario del rey Fernando en 1618, se puede divisar el paisaje de la urbe, bella con sus centenares de torres de toda forma y los techos oscuros de apretada arquitectura de la nieve que lanzan sus columnas de humo por las chimeneas monumentales. La ciudad en medio de una bruma natural iba perdiendo sus tonos. El río que allí se abre como un lago ya no era casi visible bajo largos y quietos velos de humo que bajaron de las chimeneas. Sólo es posible ver a Praga con su colorido natural los sábados y los domingos, días en que todo el mundo deja la ciudad y sus cocinas. Se recuerda entonces, el afán de **week-end** y las pequeñas casitas perdidas en los bosques. Comprendemos el éxito que deben tener estas construcciones cuando una población entera que hoy se calcula próxima al millón de habitantes, se lanza semanalmente a los bosques en procura de reposo. Así se va creando un hábito y modificando la existencia y fisonomía de los pueblos. Nosotros, que apenas iniciamos estas costumbres, aún no hemos sentido en todo su valor higiénico y estético la belleza y salud que depara a uno el saber descansar.

Aquella tarde empezó a caer una lluvia lenta que parecía iba a inmovilizarnos dentro del hotel. No era posible soportar esta idea teniendo casi desconocida tan hermosa ciudad. Salgo sin dirección bajo la llovizna. Voy andando por callejuelas que no permiten más movimiento que el de peatones y, sin saberlo, me encuentro en la vieja ciudad con su edificación intocada. Escudos nobiliarios en los portales, rejas artísticas, puertas de vitrales y sobre ellas una serie de emblemas (un perro-león, una virgen, un campesino) que se utilizan en lugar de números... Las callejuelas son va un pasadizo, las veredas apenas una losa equilibrista de algunos centímetros. La lluvia arrecia y me introduzco en un soportal que hace ángulo con las callejas. Desde allí alcanzo a ver una sucesión de arcos bajos que se abren de tanto en tanto en un pequeño patio para volver a cerrarse en otros soportales. Una luz gris envuelve a la piedra de los edificios en una imprecisión de ensueño.

Como si fuera llamado, voy entrando atraído por los soportales. Hallo cada vez menos transeuntes y algunos diminutos comercios.

...Y fué así que logré encontrar la vieja edad media, totalizada, rediviva... Veo un bric-a-brac de estampas antiguas, en una puerta de setenta centímetros de ancho y cuya mitad se abre para dejar sitio a la vidriera exposición. Más adelante, debajo de una casilla de cristales, asoma por una ventanilla casi rastrera, a cincuenta



Omnibus que, con intérpretes, hacen el recorrido por la ciudad. Al fondo el reloj de Praga.

Torres del puente.

centímetros del suelo, una anciana, su cabeza exangüe recubierta por un pañuelo negro que la hace más pálida con la fina delgadez de ciertas cabezas de Durero. Por su posición, casi a nivel del suelo, parecía inclinada en una perpetua reverencia a los presuntos compradores que transitaban. La lluvia cae y todo se va impregnando de humedad. Se siente la impresión de algo incómodo y sucio que corre lentamente por los cristales emplomados.

Una música de órgano suena dentro de esos largos corredores; quizás es una radio; quizás una iglesia. Algunos se han detenido estáticos en la penumbra; parecen personajes en las bambalinas a la espera de la orden de intervenir en escena. El órgano sigue resonando y sus voces se introducen en las puertas de un gran almacén de cueros y pasan por una salchichería de dos me-



Tumba de San Juan Nepomuceno.



El puente Carlos.



Cementerio judío.

tros cuadrados perdiendo allí el embrujo de sus timbres. Voy hasta el extremo del pasadizo. Me fijo en el nombre de la calle: Michalska... y vuelvo porque quiero que mi retina y mi memoria se llenen del recuerdo de la callejuela evocadora. Tomo otro pasadizo que creo paralelo salgo... y ya no se dónde estoy. Me he perdido a dos pasos del hotel y ya no puedo hallar más mi orientación. El plano de la ciudad, fatigosamente consultado, y un transeunte, me llevan a la calle principal: estaba a dos pasos y no era posible encontrarla.

No hubiera querido llevar otra impresión de Praga que esta última. Bastaron unos cuantos soportales antiguos, las lentas figuras de vendedores enquistados en sus negocios, la pátina de los siglos en las paredes, la lluvia escurriéndose sobre las cosas y los pocos transeuntes silenciosos para que tuviera una sensación que la escena no puede dar y ya en el mundo no se encuentra. Corazón de Europa llaman a Praga... En verdad si era el corazón de Europa debería tener un compartimento como la vieja calleja que en la noche aún espera al amor o la muerte.

R. FRANCISCO MAZZONI

EL EXITO DE LAS RUBIAS

Hoy en día las rubias son las mujeres de gran éxito en la vida mundana. Las personas observadoras que han frecuentado los grandes centros sociales de Norte América, Europa y especialmente París nos confirman nuestra opinión.

La mujer francesa es en general trigueña como la uruguaya y sin embargo se observa un elevado porcentaje de mujeres con cabellos rubios. En nuestra sociedad esta moda se ha generalizado gracias a la facilidad con que se decolora el cabello. El método francés que es el que se usa aquí consiste en aplicarse durante 3 días la manzanilla "verum" que se encuentra preparada en todas las farmacias y de este modo el pelo toma uniformemente un color rubio dorado encantador. La manzanilla verum es económica y se emplea en casa como una simple loción.



EL SEÑOR ENRIQUE GOMENSORO RUANO

PROFUNDA consternación ha provocado la desaparición del señor Enrique Gomensoro Ruano, persona que a través de los años estuvo íntimamente vinculada a los ambientes políticos, comerciales y sociales, dejando en toda su acción el sello particular de su noble carácter, de su espíritu superior y de su inteligencia excepcional.

Ardiente defensor de los ideales de Batle, fué el señor Gomensoro Ruano un fervoroso sostenedor de la doctrina batllista, a la que dió lo mejor de sus entusiasmos y de sus convicciones.

Su muerte, producida después de soportar una breve dolencia, llenó de honda amargura el corazón de cuantos lo conocieron y supieron de su vida dedicada a la realización de obras bellas y generosas.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



LA GUERRA DE DOS MUNDOS





















